

sociedad, erguido y altivo, y el castizo escritor criollista, chileno cien por ciento, que conoce cabalmente la psicología de su raza, el ingenio de su pueblo y que introduce en lo que escribe chilenismos a granel, giros familiares, metáforas y comparaciones criollas, que quitan a su prosa la tiesura y el engolamiento que seduciría a los académicos. Mejor así porque si prescindiera de su idiosincracia tan castizamente chilena, perdería mucho de lo que le ha dado a su personalidad literaria una fuerte originalidad entre los escritores de América. Que prosiga con todas sus calidades en sus próximos libros es nuestro ferviente anhelo.—

ALEJANDRO REYES P.

Santiago, enero 25 de 1949.



EL SIGNO QUE HUYE, poemas por *María Tagle*

La Asociación de Mujeres Universitarias de Chile, bajo la autoridad de la doctora María Figueroa, acaba de lograr la estatua viva de María Tagle, editando el haz tembloroso de su obra, más que inédita, todavía en formación de eternidad, porque *El Signo que Huye*, (1), es el cuaderno de trabajo del corazón de María Tagle, lleno de perspectivas y probabilidades; de ahí que este libro que bulle como un ramo de rosas de fuego, sea no precisamente, *un libro*, sino que el germen augusto de una ternura y una visión que la muerte cortó demasiado pronto para desventura de los que apreciábamos a María en su vasta condición de poeta, de profesional, de mujer, de hermana y de amiga:

«Yo soy como un infante que lastiman las sombras», (49).

(1) Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1948; 94 páginas. Prólogo de Estela Miranda S. Portada con una reproducción de la escultura de Olga Cohen.

Tuvimos, nosotros, la honra de leer estos poemas, sin el aderezo final, que es la sal que condimenta el verbo para la posteridad, la misma noche del infausto 5 de diciembre de 1946 que bajara los párpados dorados de María Tagle, haciéndonos una sombra dolorosa en la memoria: entonces, como, ahora, vimos que *las lunas altas*, el viento, los alicantos, el perfume, la música, los ríos, las islas y las hojas reinaban en su lengua y que una poda de amor, de doble amor de camarada y escritor le haría un bien imponderable a estas estrofas que se empezaron y se dejaron para la hora feliz de su gloria, y que hoy viven a pesar de sí mismas en la fidelidad de las mujeres que, hurtándole al rigor sus látigos y sus ácidos, lo entregan como el más puro retrato de esta mujer admirable que no necesitó de inciensos y abalorios para dejarnos en unas cuantas palabras el poderío de su alma, tan iluminada por el desencanto, la delicadeza y la plenitud:

*Soy un pozo sembrada por espadas de noche,
donde arden los lirios de los metales nuevos
de tu sed de caminos, que concluye en los astros,
de tu gesto de estrellas, atravesando el tiempo, (34).*

En *El Signo que Huye* se adivina el ansia tremenda de María Tagle, esa necesidad de conocimiento esencial de sí misma: toda su poesía es una interrogación a sus entrañas, a su límite de oro y lava. *La presencia dormida de una lágrima*, que dice en la página 74, viene a ser la estrella tutelar de estos cánticos desgarrados por la vida y el ensueño:

*Acaso, de este dolor y de esta ceniza pueda brotar el árbol,
que ama mi corazón como a su único hijo, (28).*

No leamos estas líneas de aguda melancolía con los anteojos caliginosos de la crítica: sintamos en ellos solamente el rumor de la sangre que les regara y los dejara en el comienzo de su alba,

que le celebramos como un mediodía de terneza humana y mucha porción de poesía sin manchilla: el poema que inicia este signo que se queda en medio de nuestro fervor, es el testimonio de nuestra permanente vela de luz en torno a María:

*Madre, detrás de tu perfil
sólo vive el océano y sus islas plurales, (15).*

Su claro perfil nos alumbra y es en su movimiento de proa que hallamos el camino que nos conduce a su provincial heredad de belleza.—ANDRÉS SABELLA.

POEMAS DEL OLVIDO, de *Mario Arnello*

He aquí un ejemplo genuino en que el fondo supera a la forma, porque ésta no tiene la suficiente soltura para expresar a aquélla. Para los estetas parecerá esto una blasfemia. Pero no lo es.

Una obra literaria o artística, en general, será bella en cuanto la idea o el sentimiento tengan un valor estético y no solamente a la manera como sea expresado.

Esto no quiere decir que el estilo deba descuidarse, sino que debe subordinarse al fondo, a la sustancia misma.

Es muy difícil que un pensamiento hermoso, que un sentimiento bello, no pueda ser expresado en la medida de su valor.

El caso lo tenemos en este joven poeta que nos preocupa. No debemos de admirar un estilo depurado en esta su primera obra de Mario Arnello. Pero sí el contenido representativo, la ideología de ella.

Nos imaginamos a su autor con deseos irrefrenables de decirle algo a su amada, pero que una fuerza lo detiene y esa pasión desbordante muere en su pecho. La densidad de pensamiento